

UN DISFRAZ DE LOBO FEROZ

Wolfi no era un lobo como los que salen en los cuentos. De hecho no se parecía nada a un lobo de verdad. Esto era así porque siendo tan solo un cachorrito, un Rey lo encontró mientras cazaba por el bosque. Este Rey tenía tres hijas trillizas que no paraban de hacer trastadas. Al ver al pequeño lobito, el Rey tuvo una idea: «Mis hijas estarán más entretenidas si cuidan una mascota» pensó «y dejarán de darme la lata». Así fue como sucedió. Wolfi fue criado en el castillo por las tres princesitas. Cada día, las niñas jugaban sin parar con Wolfi, se montaban a caballito sobre su lomo, lo llenaban de lacitos y le gastaban un montón de bromas que Wolfi soportaba sin un solo gruñido. Después, por la tarde, salían a pasear por el bosque hasta que se hacía de noche. Entonces volvían al castillo y bañaban a Wolfi en la bañera real, y para ello gastaban un bote de champú, uno de suavizante, un peine, siete toallas y tres secadores, uno por cada princesa, hasta que Wolfi quedaba suave y bien peinadito. Por último, las trillizas iban a su cuarto y allí leían con Wolfi un montón de cuentos de princesas antes de irse a dormir (es que a estas princesas sólo les gustan los cuentos de princesas). Pero un día sucedió algo inesperado. Entre los cuentos apareció uno que nunca antes habían leído. Este cuento trataba de una niñita vestida de rojo a la que perseguía un lobo muy feroz y malo. —¡Vaya rollo de cuento! —decía una niña—. ¡No sale ninguna princesa! —¡Ni hadas madrinas! —decía la otra. —¡Ni zapatitos de cristal! —decía la tercera. Así que, aburridas, tiraron el cuento a la papelera. Pero sí hubo alguien a quien le gustó el cuento. Wolfi nunca había escuchado una historia en la que saliera un lobo, así que cogió el cuento entre los dientes y se lo llevó a su rincón de dormir. Allí lo leyó una y otra vez, y cuanto más lo leía, más le gustaba. En el cuento, había también un dibujo en el que el lobo feroz aparecía aterrador, todo dientes y garras, y el pelo de punta. Wolfi se preguntaba si los lobos de los cuentos tenían ese aspecto, y decidió investigar. Así que fue a la biblioteca de palacio, y allí encontró otros cuentos en los que aparecían lobos feroces. Algunos perseguían cerditos, otros cabritillas, y todos eran terribles y asustaban muchísimo. Wolfi nunca había asustado a nadie, ni siquiera un susto pequeñito, y pensó que era porque no tenía aspecto de lobo feroz. Entonces tuvo

una idea: «¡Me disfrazaré!» pensó entusiasmado, «así pareceré un lobo como los que salen en los cuentos» y se puso manos a la obra. Primero fue a la pocilga real, donde viven los cerditos del Rey, y sin pensárselo dos veces, se revolcó en un gran charco de lodo, hasta que quedó todo embadurnado y apestoso. Después, en el baño de palacio, gastó tres botes de laca, dos de gomina, uno de fijador y un secador de las princesas, hasta que todo su pelo quedó de punta.

Por último, con la lima del herrero real, se afiló los dientes y las uñas. Por fin, Wolfi se miró en un espejo. Ya no se parecía nada al manso lobito que siempre era, en cambio, era idéntico al malvado lobo feroz del cuento. Satisfecho con su disfraz, decidió gastarles una broma a las tres princesitas. —¡Con lo que les gustan las bromas! —se dijo—. ¡Se van a reír muchísimo! Y fue a esperar a las princesas al camino del bosque. Las trillizas se preguntaban dónde se había metido Wolfi. —¡Qué raro!, siempre viene a pasear con nosotras. —dijo una princesa. —¡Seguro que se quiere librar del baño! —dijo la otra. —¡Ya veréis cuando aparezca! —dijo la tercera. Aún estaban diciendo esto mismo, cuando de detrás de un árbol apareció Wolfi, que enseñando las garras y abriendo la boca todo lo que pudo, soltó el rugido más grande que había dado en toda su vida:

!!!!RRROOOOOOAAAAARRR!!!!

Del susto que se llevaron, a las princesas se les borraron las pecas de la nariz, y las coronas salieron volando cuando se les pusieron los pelos de punta. Wolfi se cruzó de brazos sonriendo y esperando a que las princesas dijeran algo así como: —Jolín Wolfi, ¡qué susto!, esta broma sí que ha sido buena ... Pero las princesas no decían nada y miraban a Wolfi con los ojos como platos. Entonces primero empezó una, después la otra y por último la tercera. Las tres princesas se pusieron a llorar y a gritar a la vez.



Sucedía que cuando las tres princesas lloraban y gritaban a la vez, más le valía a uno taparse las orejas, cosa que Wolfi sabía muy bien, así que corrió a consolarlas antes de que le dejaran sordo. Lo que las princesas vieron fue a un lobo feo que corría hacia ellas para comérselas, así que aún lloraron más fuerte. Menos mal que al acercarse, las princesas reconocieron enseguida a Wolfi, y dejaron de gritar. — ¡Pero Wolfi!, ¡vaya pinta tienes! —dijo una princesa aún entre sollozos. —¡Y menudo tufo echas! —dijo la otra princesa sorbiendo los mocos. —¡A la bañera! —dijo la tercera. Las princesas metieron a Wolfi en la bañera real, y para bañarlo utilizaron tres botes de champú, cuatro de suavizante, seis peines, catorce toallas y tres secadores, uno por cada princesa, hasta que Wolfi quedó de nuevo suave y bien peinadito. Luego leyeron un montón de cuentos (de princesas) antes de irse a

dormir, no sin antes hacer prometer a Wolfi que nunca más intentaría asustarlas ni se disfrazaría de lobo feroz. Y todo volvió a ser como siempre... Bueno..., no exactamente como siempre... Aquella misma noche, Wolfi soñó que cocinaba en una gran olla ricos guisos hechos con cerditos, abuelitas y niñas vestidas de rojo. Después de todo...Un lobo es un lobo ¿No os parece?

¡AUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU.....!

FIN